

—¿Y qué se opone á ello?

—¡Es preciso perdonar!—dijo Eufrasia en voz baja,—¡y jamás podré! ¡no, madre mía! ¡yo no puedo perdonar á mi marido! ¡él es la causa de todo; por él estoy yo en prisión... y Elisa en el cementerio!...

—Mi pobre hija,—dijo la religiosa con tranquilidad,—abrid vuestro corazón al sacerdote, decidle todo lo que os oprime, todas las tentaciones que os asaltan, él os ayudará; entre tanto pensad cuanta necesidad tenéis vos misma de perdón; así os costará menos pena el perdonar.

—¡El es la causa de todo!—repitió sombriamente Eufrasia.—¡Escuchad, madre! Cuando me ví abandonada, cuando mi leche se secó en mi seno, no tuve más que una idea: ¡vengarme de mi marido! Hubiera dado la eternidad por hacerle tanto mal como yo sentía... la niña gritó... alguna voz me dijo interiormente. Si Elisa muriese, esto causaría pena á su padre, y además, esta pobre criatura, que yo no puedo alimentar y que está destinada á una vida de miseria y de lágrimas, ¿no sería más dichosa en el cielo? Acabemos, pues...

La religiosa, aunque hondamente conmovida, no quiso insistir más. Estrechó de nuevo la mano de Eufrasia, y desatando de su costado el crucifijo que había recibido el día de su profesión, dijo:

—¡Tomad! ¡os dejo con Nuestro Señor: miradle bien y veréis si podéis rehusarle alguna cosa!

Al amanecer del día siguiente, Sor Clara fue á abrir el calabozo. Eufrasia estaba de rodillas y tenía el crucifijo entre las manos.

—¡Madre mía,—dijo,—estoy decidida á confesarme, y si puedo y Dios me ayuda, trataré de perdonar á ese hombre!...

XIV

Obra divina es la corrección de un alma, y no obstante, como no se cumple sin el concurso de la voluntad humana, es frecuentemente lenta, difícil, detenida por las tentaciones, retrasada por los recuerdos del pasado, y algunas veces suspendida para siempre por la sequedad de la tierra donde ha caído el sagrado rocío.

—La perfección no es un vestido que se pasa de repente por la cabeza,—ha dicho San Francisco de Sales;—es una obra de tiempo, de trabajo y de paciencia.

Eufrasia había sentido en su alma, por tan largo tiempo desgarrada, ese deseo vehemente de Dios; ese deseo que hace la alegría de los elegidos, favorecidos por las visiones celestes, y que hará el eterno suplício del infierno. Había obedecido, había corrido hacia su Dios, como el ciervo sediento corre á buscar el agua de las fuentes, y sostenida por la gracia, fortificada por los Sa-

cramentos, alentada por las exhortaciones del sacerdote, había hallado desde luego que nada es difícil, ni aun el perdón.

En el instante en que acababa de recibir la absolución en el Santo Tribunal, en el momento en que iba á recibir á Jesucristo en la santa mesa, ¿podía guardar hiel en su corazón?

Mas los instantes deliciosos en que la gracia divina se hacía tan vivamente sentir, se eclipsaban: la frágil naturaleza y las fuertes tentaciones volvían, y Eufrosia combatía frecuentemente durante largos días, para someter su corazón, para decir con sinceridad:

—Perdonad nuestras ofensas como perdonamos á nuestros ofensores.

La calma volvía entonces y podía rezar, podía llorar, y á los gritos de arrepentimiento no se mezclaba ya aquella sed de venganza que durante tanto tiempo había emponzoñado su vida.

Estaba, como en otro tiempo, triste y silenciosa; pero su fisonomía había perdido el aspecto feroz que el recuerdo del crimen y el sentimiento de la desgracia habían impreso en ella, y se notaba que cualesquiera que fuesen los sentimientos de antipatía que la manifestasen sus compañeras, sus sordas burlas, sus duros procedimientos, Eufrosia se mostraba siempre paciente y hasta caritativa.

Aquella grande obra no se cumplió ni en un día, ni en un año. Hubo en aquella vir-

tud naciente muchos desfallecimientos; mas lo fiel de la voluntad la elevaba sobre las debilidades de la naturaleza y la dureza del carácter. La pobre reclusa fue valerosa en las tentaciones, constante en el trabajo, ardiente en el deseo, y la fe arrojó al fin sus raíces en aquella alma tan sólidamente, la esperanza enclavó su áncora con tanta profundidad, que las más rudas tempestades no podían hacerla vacilar.

Estos son los milagros de la gracia: si, en esas casas despreciadas del mundo, en las cárceles, en las reclusiones, existen corazones penitentes lavados en las aguas santas de la confesión y que atraen la admiración de los ángeles. Para esas almas convertidas, esas moradas creadas por la justicia humana, son dichosas Tebaidas donde la segunda inocencia, adquirida por la contricción, está al abrigo de todos los peligros: esas almas que vuelven á ser puras, aman su cautividad, como la religiosa ama el claustro en que ha pronunciado sus votos; temen la libertad, porque para ellas la libertad es el abandono, es el peligro, es la separación de su Dios.

Habiendo conocido el mundo esas pobres almas, saben hasta qué punto es despiadado y tentador para las que pueden caer de nuevo. ¿Quién las defenderá de los malos consejos de la miseria, de la vergüenza fatal, de la injusticia que no ayuda al que se levanta cuando una falta le ha hecho caer? ¿qué casa recibirá á esos pobres seres? ¿qué mano les protegerá?

La sociedad, tan enérgica para castigar las faltas, parece no haber previsto el arrepentimiento, y la pobre mujer, y la joven desdichada que un primer delito ha conducido á una casa de corrección, y que quiere volver á la piedad y al honor, sale de ella cuando espira el término de su castigo, y se encuentra en el umbral de la prisión tan profundamente miserable y abandonada, que en la mayor parte de ellas, en este mismo instante, el arrepentimiento queda muerto y vencido.

Un poco de sol hubiera permitido á la flor dar frutos: el ambiente helado la hace languidecer y morir.

En medio de estas desventuradas las hay que resisten y mueren de miseria y de dolor; otras procuran cometer un delito *inocente*, si estas dos palabras pueden acordarse, á fin de volver á la reclusión y de volver á una vida de trabajo, de expiación y de honradez. Se cita una que perseguida por el hambre, solicitada por infames seducciones, entró en una iglesia y robó el mantel del altar de la comunión. Fue condenada, y dió gracias al cielo, porque la nueva pena era su salvación.

Otras luchan hasta el sepulcro y ocultan en la miseria más deplorable, sublimes virtudes; pero el mayor número vuelve á caer en el cieno, y si hubiera una asociación que tendiese sus brazos maternales á esas criaturas débiles y abandonadas, merecería la gratitud de la sociedad y el galardón del cielo.

A medida que Eufrosia adelantaba en la piedad, temía más salir de la reclusión, y pedía á Dios con frecuencia la gracia de morir antes que la prisión se abriese para ella.

—Aquí creo que moriría en la gracia de Dios y que reposaría tranquila en un ataúd; mas sin duda yo no he merecido tan gran favor,—decía algunas veces á la madre Clara, que tenía toda su confianza.

—Dios no os abandona, hija mía,—le contestaba la buena religiosa;—nunca nos deja. El el primero. ¿No queréis vivir para expiar?

—Yo quiero lo que Dios quiera; pero ¡qué dulce sería morir!

XV

La prueba

La puerta de la casa de corrección se había cerrado y Eufrosia se encontraba sola y libre.

Los diez años de reclusión se habían terminado; aquella tenía en la mano un paquete de ropa y en el bolsillo cien francos, fruto de su trabajo, y volvía así al mundo con muy débiles recursos, en comparación de las

necesidades del porvenir, sin apoyo, sin afec-
ciones, sin protección, sin esperanza.

Eufrasia dió algunos pasos vacilantes; el
brillo del día, el aire libre, la vista de los pa-
santes, la turbaban: sus ojos se volvían hacia
los viejos muros de la prisión como hacia un
asilo; tanta libertad la oprimía y la causaba
miedo; advirtió que la miraban, salió á la
calle y echó á andar al azar por la pobla-
ción.

Llegada delante de una iglesia se arrojó
hacia ella con el apresuramiento de la cabri-
lla perseguida por los cazadores y que halla
en el fondo de los bosques uno de sus retiros
favoritos; allí sintió que su alma y sus sen-
tidos turbados se tranquilizaban bajo aque-
llas bóvedas silenciosas, donde flotaba aún
el incienso de la víspera; en el fondo de la
iglesia un sacerdote decía la última misa, y
los niños esperaban la hora del catecismo.
Eufrasia se deslizó detrás de una columna y
se puso de rodillas; no podía orar, pero re-
posaba en Dios y con Dios; desde hacía mu-
chos años, El era su único confidente, su
amigo, su protector; ella no hablaba más
que á Dios solo, y estaba habituada en el si-
lencio eterno de la prisión á quejarse á Dios,
á escuchar á Dios, y lo mismo que en el
mundo vamos hacia nuestros amigos, ella
iba delante del Supremo Hacedor de todas
las cosas, hacia ese amigo inmortal y perfec-
to, que nunca engaña y que no falta jamás
á los que le buscan.

—¡Tened piedad de mí!—le dijo Eufrasia

desde el fondo de su corazón,—¡defended-
me! ¡Soy sola! ¡Soy pobre! ¡Asistidme! ¡He
pecado! ¡Tened piedad de mí!

La respuesta, que es el consuelo interior,
no se hizo esperar.

La misa se había terminado y ella perma-
necía de rodillas; su mirada se hallaba fija
en una niña de diez años, que sentada en un
banco estudiaba sin levantar la cabeza su
lección de catecismo; seguía con su dedito
blanco y rosado la línea, y se repetía en voz
baja lo que iba aprendiendo; hallábase tan
absorta que no veía las miradas tristes y ar-
dientes que parecían querer devorarla.

Era la primera vez después de diez años
que Eufrasia veía una niña... aquella era de-
licada, rubia, pálida, pobremente vestida,
era una figura encantadora, grave y dulce...
á medida que Eufrasia la contemplaba, un
dardo agudo penetraba en su corazón: la
pena de la criminal había terminado, la de
la madre... debía ser eterna...

La niña se levantó; una campanilla lla-
maba á la doctrina; hizo una reverencia al
altar y salió de la capilla sin ver á la des-
graciada á quien su presencia arrancaba lá-
grimas. Eufrasia se levantó también, pues
aún estaba de rodillas, y dijo otra vez desde
el fondo de su corazón la dulce frase de las
almas penitentes.

—¡Tened piedad de mí!

En seguida salió de la iglesia sin atrever-
se á volver los ojos hacia el lado de la nave
donde se elevaban las voces infantiles que

entonaban el cántico. *Espíritu Santo, descendid á nosotros.*

Aquel mismo día partió para Valencienes, ciudad que le había sido designada para residencia.

Ya era noche cerrada y oscura, cuando el tren del camino de hierro la depositó á la entrada de aquella población desconocida, y débil, fatigada, se alojó en un pobre mesón, dejando para el siguiente día la instalación de su vida nueva, en la cual entraba llena de espanto y de temores.

Eufrasia sabía bien que nada hay fácil para el pobre. Presentía además, que todo es difícil para la que ha estado reclusa por la ley; la desconfianza pública la rodea y toda su vida arrastra la pesada cadena de la vigilancia, barrera que la sociedad ha levantado entre ella y el que una vez fue culpable.

Eufrasia sintió todo esto desde el día siguiente al comparecer ante el comisario de policía y responder al duro y despreciativo interrogatorio que el magistrado cansado de trabajar, y mal prevenido contra todos los que habían estado en prisión, le hizo sufrir.

La pobre mujer salió de la oficina de policía en la que tantos sufrimientos y miserias se encuentran cada día, fatigada, humillada, desalentada, y volvió á su posada evitando el que la vieran, y sin osar ponerse delante de nadie; comió un pedazo de pan comprado en la esquina de la calle, y permaneció silenciosa y triste en su cuarto, re-

pasando en su espíritu todas las penas de su situación, y diciéndose que más la hubiera valido morir en la casa central, que afrontar el mundo despiadado para los que una vez han caído.

Comprendía que según la expresión enérgica de un jurisconsulto, la vigilancia es parecida á la marca, pero una marca que los vestidos no disfrazan, y hojeaba con ojos extraviados aquellos papeles en los cuales la policía había puesto su sello y que llevaban escrito con todas sus letras:

Eufrasia Senechal de Laohusse, reclusa cumplida después de diez años de prisión por infanticida.

— ¡Dónde se puede ganar el pan con semejante pasaporte! — se dijo con amargura, — ¡quieren acaso que robe! No, no robaré jamás; lo he jurado á mi abuela; ¡moriré de miseria y Dios me perdonará! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí!

En este instante llamaron á la puerta, y el ama de la casa entró sin esperar la respuesta.

— Vengo, — dijo, — á pedirnos vuestros papeles, para inscribimos en mi registro: sin esto sería multada por la policía.

— Me llamo Eufrasia Senechal, — respondió ésta con voz turbada, — soy costurera, pero aún no tengo cédula de vecindad aquí.

— ¡Oh, ni es necesaria! El testimonio de vuestro comisario de policía, su certificación

de buena vida y costumbres, como ellos dicen, me basta.

—No voy á permanecer en vuestra casa,— dijo Eufrosia esforzándose por aparentar un aire tranquilo, y cuento marcharme mañana, ¿no basta con que sepáis mi nombre?

La huéspededa que no estaba acostumbrada á recibir príncipes ni embajadores, comprendió poco más ó menos, guiñó el ojo, y como estaba pagada por adelantado, se dió por satisfecha.

—Basta con el nombre,— dijo,— puesto que os vais mañana; no me gusta tampoco ser curiosa, pero esas gentes de policía se meten en todo; ea, buenas noches, ¿queréis un vaso de cerveza?

—Gracias,— contestó la triste Eufrosia,— voy á acostarme.

—Otra todavía que no tiene el corazón tranquilo,— dijo la huéspededa al alejarse.

Al día siguiente, al amanecer, Eufrosia se despidió del ama del *Gran Pato*, y con su paquete en la mano, empezó á errar por las calles consultando con la vista las casas, aún cerradas, y buscando la indicación:

Cuarto para alquilar.

Diferentes veces se ofreció á sus ojos, pero indicando alojamientos de una apariencia demasiado holgada y demasiado cómoda para que pudiera pensar en ellos; no podía pensar en ninguna de las calles principales, y fue en el dédalo de las pequeñas que serpentean lejos de los barrios privilegiados, donde buscó un abrigo pobre para su pobreza,

una morada ignorada para ocultar su vida.

Vió por fin detrás de los vidrios verdosos de una tienda de legumbres un letrero manuscrito que decía:

Bohardilla para alquilar.

—Por largo tiempo vaciló en el umbral de esta humilde morada y su corazón palpítaba cuando levantó el picaporte y se encontró delante de la tendera, mujer ya de edad avanzada, y que pareció á la pobre Eufrosia muy imponente.

—¿Podría ver, le dijo, el cuarto que tenéis para alquilar?

—Sí, por cierto, respondió la tendera, os lo voy á enseñar.

Atravesaron la botica, llena de tarros de manteca y de crema, de patatas y legumbres secas, y subieron una estrecha escalera que les condujo á un descanso obscuro, en el cual se abrían muchas puertas, detrás de las que se oía el ruido matinal de las familias que despiertan: la tendera abrió la puerta más retirada y dijo:

—Esta es.

Y retrocediendo dejó ver una bohardilla pequeña, blanqueada con cal, alumbrada por una pequeña ventana, y que ofrecía el espacio justo para que una criatura pudiese trabajar, respirando y viviendo con no poca pena.

—Su precio son cinco francos al mes, dijo:

—Bien está: si me la queréis alquilar la tomo, dijo humildemente Eufrosia.

—¿Tenéis muebles?

— Iré á buscar los necesarios, y si queréis os pagaré tres meses adelantados.

—¿Tenéis corrientes vuestros papeles? no os ofenda la pregunta; pero es que no quiero alojar en mi casa vagabundas, ni mujeres de mala vida.

Eufrasia palideció: el terrible instante era llegado.

— Os enseñaré los papeles, dijo.

— Bajemos, pues.

La vieja tendera volvió á ocupar su sitio detrás del mostrador, y Eufrasia le presentó el papel que el comisario de policía había firmado: la tendera se puso sus anteojos, y leyó no sin mucha pena: dejó escapar una exclamación, y alzó los ojos sobre Eufrasia.

—¿Salís de la reclusión?—le dijo duramente.

Eufrasia no pudo contestar: su rostro pálido y desolado suplicaba por ella: la vieja medio conmovida por aquella elocuente mirada dijo:

— Al fin no habéis robado: ¿os ha herido para hacer eso alguna desgracia?

— Estaba desesperada, repuso Eufrasia: oid lo que me sucedió.

Contó brevemente á la tendera lo sucedido, y ésta dijo:

— Si, habéis sido muy desgraciada, ¿podéis pagar los tres meses adelantados?

— Sí, contestó Eufrasia sacando del bolsillo tres monedas de á cinco francos.

La huéspedela las miró por todos lados.

— Está bién, dijo, el cuarto es vuestro por tres meses: tratad de portaros bien, porque mi casa es muy tranquila, y si no andáis derecha me quejaré á la policía.

Eufrasia bajó la cabeza: no se hallaba con derecho para ofenderse, y para captarse mejor la voluntad de la vieja compró algunas provisiones, y le rogó que le procurase un catre de tijera, una silla, una mesa y una estufa.

Cuando se vió sola en su cuartito amueblado con lo estrictamente necesario, un sentimiento de calma se extendió por todo su ser: ¡estaba en su casa! ¡nadie vendría á inspeccionar su risa, su llanto! ¡iba á estar sola, ella que durante diez años había visto su vida unida á la de otras criaturas malvadas y hostiles! ¡iba á ser libre, ella que durante diez años no había podido disponer de ninguno de sus movimientos, ella, de quien los pensamientos mismos sufrían la inspección de otro, hasta cuando se reflejaban en su rostro!

Esto constituía un goce, y la pobre mujer lo saboreó.

Suspendió á la cabecera de su lecho una estampa que representaba á Nuestro Señor en la cruz, dón de la madre Clara, al dejar á Clermont por otra residencia que le habían designado sus superiores.

La buena religiosa había escrito bajo el crucifijo con una letra clara y hermosa:

Venid á mí, los que sufrís, y yo os aliviaré.

Eufrasia, para consagrar su nueva morada, se puso de rodillas delante de esta imagen y rezó lentamente primero su rosario y después el salmo *Miserere*, que á fuerza de repetirlo, había aprendido de memoria.

—¡No estoy sola del todo!—dijo levantándose y mirando con amor á Jesús crucificado. Dios está en todas partes: Dios está aquí, y puesto que quiere que viva, El me enviará pan.

XVI

Ya se sabe que los casos de reincidencias son muy raros en las mujeres que han sufrido la pena de prisión, y la cifra sería menor aún si la prisión legase á las infelices que la abandonan un medio de vivir, si al lado del castigo saludable, hallasen un preservativo saludable para el porvenir.

No sucede así: en las casas centrales el trabajo, el santo trabajo, ese auxiliar poderoso de la religión y de la moral, es confiado desgraciadamente á los contratistas, que no ven en él más que el origen de una fortuna fácil. Trescientas mujeres detenidas pueden traer diez mil francos de beneficio al que tiene la contrata de los trabajos: mas para llegar á este resultado es preciso que este trabajo sea excesivo, que cada obrera ha-

ga una sola cosa, siempre la misma, á fin de hacerla con prontitud y perfección.

Así Eufrasia durante diez años, había pespunteado pecheras de camisas, trabajo mecánico en el que se habian gastado sus ojos, es verdad, pero que aseguraba al contratista la clientela de muchos grandes almacenes de lencería: ella salía de la reclusión á los treinta y seis años, con los ojos fatigados, una salud quebrantada, ¡sin oficio y sin recursos! ¡y cuántas otras son así arrojadas cada año á las calles de nuestras ciudades! ¡qué Dios y los hombres tengan piedad de ellas!

Eufrasia fue, pues, á ofrecer su aguja y su pequeña industria á los almacenes de confección de la ciudad: el trabajo no era abundante en esta época del año: así en las seis ó siete primeras casas donde se presentó, le dijeron solamente:

—No tenemos trabajo que dar.

O bien:

—Tenemos ya nuestras obreras.

Eufrasia se retiró tristemente con los pies y el corazón igualmente fatigados.

Al pasar por delante de un hermoso almacén entró, y dirigiéndose al mostrador, dijo á la señora que se hallaba sentada delante, con una voz llena de timidez:

—Busco labor, señora; si quisieráis dár-mela, os quedaría muy agradecida.

El rostro pálido y aún bello de Eufrasia interesó á la señora, que respondió:

—En verdad que necesitamos buenas ofi-